

Luis Farré

Maimónides, un filósofo teólogo

(Conferencia sobre Maimónides, pronunciada en el Instituto de Intercambio Cultural y Científico Argentino Israelí en 1967, publicada en *Conferencias*, del mismo año, p. 127 ss y reproducida en 1986, en homenaje al autor)

MAIMÓNIDES, realmente, es el filósofo que pertenece a la historia, no a una época determinada; hay filósofos que se agotan en su época, esto es no proporcionan ideas conceptos, que puedan tener un valor más allá de la circunstancia histórica en que vivieron. Maimónides no es así; sabe aprovechar la herencia, no solamente de su pueblo, sino la grecorromana; conoce la evolución filosófica y teológica, y sabe informarla y otorgarle un cariz que ofrece actualidad para su tiempo y, sobre todo, para el futuro. Cuando hoy leemos su libro *Guía de los descarriados*, yo prefiero decir "de los indecisos" -me parece que "de los descarriados", es muy fuerte, y Maimónides era un hombre de espíritu suave- vemos en ella planteamientos y soluciones que, filosófica y teológicamente, la hacen muy actual, muy contemporánea. Por de pronto, en el mismo espíritu de Maimónides, ya hay una tendencia contemporánea. El nace en Córdoba, en la Córdoba española; nace en una época, en sus primeros años, en que -lo que pocas veces se ha dado en la historia- existe una feliz tolerancia, una noble colaboración entre tres religiones que mantienen diferencias, pero a las cuales unifica el monoteísmo. El Califato de Córdoba, en los primeros años de Maimónides, respetaba ideas cristianas, árabes y judías, en un ambiente de paz y espiritualidad.

Desgraciadamente esta paz se perdió y Maimónides tuvo que emigrar. El año pasado, cuando visité España -la conocía de antes, pues allí nací-, quise visitar Córdoba. Realmente me conmovió; cerca de la Catedral, lo que fuera antes el templo de adoración de los árabes, está el barrio judío. Una pequeña plaza recuerda a Maimónides. Yo, que tengo bastante imaginación, me figuré sus primeros años, su juventud, andando por aquellas callejuelas, por aquella plaza, y absorbiendo la profunda cultura de la época. Este hombre que tuvo que emigrar representa para los buenos conocedores del judaísmo español -Ginés de los Ríos y Américo Castro- la esencia, digamos, lo que tendría que ser o lo que es carácter de la hispanidad. Hoy se habla mucho de la hispanidad, aunque hay diversas maneras de interpretarla. En Maimónides existe un profundo realismo; es un hombre que está bien en la tierra, pero al mismo tiempo dotado de un hondo espiritualismo; no se contradice, al tener bien puestos los pies en el suelo con aspiraciones y ansias de superación. Esto lleva también, a Maimónides al sentido de lo eterno en el tiempo. Pensaba en esto: el sentido de lo eterno en el tiempo, que evidencia cada una de las cuestiones que plantea la *Guía de los indecisos*. Hoy, un escritor como Paul Tillich (últimamente se ha publicado una de sus obras en castellano *La Era Protestante*) parece haber heredado de Maimónides "el *kairós*", el tiempo de ahora; el vivir -digamos- bien atrapado por mi circunstancia, mi tiempo histórico, mi vivir acá, pero simultáneamente ver en este tiempo histórico, si no por vivirlo intensamente, por lo menos vislumbrar o sentir el aletazo de lo eterno. Esto que hoy se observa en algunos teólogos -sobre todo protestantes- que quieren vivir en la realidad, sin perder el contacto de la espiritualidad, es un aspecto descollante en toda la obra de Maimónides. Esta manera de ser de Maimónides lo hace muy actual.

Lástima que España no supiera apreciar este aporte de uno de sus hijos. Se ha dicho, y con razón, que en el año 1492, cuando después de la conquista de Granada los Reyes Católicos promulgaron el decreto de expulsión, España abandonó su alma. El que les habla es español, catalán (dicen que los catalanes no somos totalmente españoles). España se arrancó su alma porque

-Américo Castro escribió un hermoso estudio sobre el particular- España es una civilización erigida sobre tres bases: cultura y religión judía, cultura y religión mahometanas y cultura y religión cristianas. Cuando ciertos españoles impusieron exclusivismos, entonces el alma de España quedó desgarrada y no se encontró; y no se ha encontrado todavía, porque continúa este desgarramiento. Es infiel a sus raíces, pues desterró a muchos de sus hijos que le dieron un matiz diferente y que en conjunto, estas tres civilizaciones, tres culturas, tres religiones, nos darían aquello que, según algunos estetas constituye la belleza, la unidad en la diversidad. Ahora tenemos la unidad en la unidad, y la unidad en la unidad es la muerte, la nada.

Veamos, aunque sea rápidamente, el espíritu de la filosofía, digamos también teología, de este pensador. Motivos de reflexión de los filósofos y de los teólogos es indagar en qué relación están la fe y la razón. Sobre el particular, desde la época cristiana, se escribieron multitud de obras y después de Maimónides la cuestión fue sumamente debatida. Por de pronto el filósofo judío es contrario a una unión entre fe y razón -digamos entre filosofía y teología que anule al hombre. Esta tendencia anuladora, o sea la subordinación a la razón, total, completa, se advertía en algunos filósofos árabes más o menos de la misma época, por ejemplo en Averroes en su "concepto de emancipación": los hombres no seríamos sino simples figuras de la divinidad. También la advertimos en el extremo voluntarismo de Algazel cuando enseña que todo acto humano es un acto divino, o sea, un acto que es, directamente, expresión de la divinidad, negando espontaneidad o acción al hombre como tal. Maimónides es no solamente un filósofo y un teólogo, es también un observador y un científico. Sus métodos empleados en la ciencia, digamos, en las ciencias naturales, los aplica también en gran parte, en sus estudios sobre el Talmud y en sus investigaciones sobre religión.

¿En qué relación están la fe y la razón, o en qué relación están, también, en otros términos, la Filosofía y la Teología? Para Maimónides no hay oposición porque la Filosofía es la razón del hombre, y el único medio de que disponemos para conocer, sea lo que sea, es nuestra razón; renunciar a la filosofía es renunciar a la condición humana, y al renunciar a la condición humana desaparece el hombre, y desaparece también para el hombre la religión. Es una solución que, naturalmente, no gustaría a algunos filósofos escolásticos; creo que la solución de Maimónides está dentro de una tradición muy destacada en la filosofía judía. En Filón hay bastante de eso, aunque no tan explícito como en Maimónides, y me parece que es en gran parte la manera de ser del gran filósofo contemporáneo Martín Buber, quien jamás renuncia, a pesar de ciertas tendencias místicas, a la razón.

¿Qué buscaríamos, según Maimónides, nosotros, mediante la filosofía o la razón? El mundo natural no nos resulta -dice él- totalmente satisfactorio; se ofrece a nuestra investigación, a nuestra observación, pero jamás -por mucho que adelantemos en conocimiento-, agotamos su contenido. Siempre, por mucho que adelantemos, queda una gran zona de misterio; una gran zona donde radica, según Maimónides, lo metafísico y lo religioso. Si queremos comprender, si queremos abismarnos ante ese misterio no basta el entendimiento. Necesitamos (concepto que posteriormente desarrolló otro filósofo judío, Bergson), de la intuición y la intuición es razón, sí, pero también es el compromiso total del hombre. Ante esta zona debe cumplirse algo que previeron pero no analizaron los filósofos griegos: hay que ser sabio, poseer aquella sabiduría de la cual hablan algunos libros del Antiguo Testamento; significa el compromiso intelectual, moral y sentimental. Ante esta zona misteriosa se impone, para que en nosotros cause impacto para que podamos no ya abarcar lo que da el entendimiento sino más bien vivirlo, sentir su presencia, necesitamos una actitud moral. Pero eso, dice es, el único acceso en el cual todo el hombre, digamos, con su carne y con su espíritu se empeña para esta comprensión. Y esto nos lleva al problema ya directamente religioso: cómo ve Maimónides, entonces, al ser de Dios, la existencia de Dios.

La existencia de Dios es un problema planteado en términos más bien lógicos y metafísicos por la filosofía griega. Es escolasticismo, sobre todo la tendencia aristotélica, se empeña en demostrar a Dios mediante argumentos; sobre todo, mediante las cinco pruebas de Tomás de Aquino. Lo que logran es distanciarlo, es convertirlo en objeto de ciencia, no en objeto de sabiduría; aportan argumentos para algo muy distante. Maimónides no es partidario de esta manera de proceder; a Dios -enseña- no lo demostramos por una argumentación causal, de efecto a causa; a Dios hay que sentirlo. Dios es Aquel, afirma, cuya esencia es la existencia. Esta afirmación tan metafísica coloca a la divinidad más allá de todo compromiso, pero sin que lo temporal y lo transitorio pueda prescindir de este fundamento. Esta esencia es igual a existencia; ésta es la razón. el fundamento, lo permanente, lo eterno; anda es y nada podría ser sin esta fundamentación, sin este principio. ¿Dios, por lo tanto, cómo puede ser definido? La definición que nos da Maimónides de Dios es, aparentemente y en realidad, una tautología. Dios -dice- es igual a Dios. Dios a través de un juicio analítico. ¿Qué quiere decir con esto? Dios es igual a Dios porque cuando nosotros, que vivimos ese concepto, que lo sentimos, que lo intuimos -como les dije hace un momento- nos empeñamos en adjetivarlo, lo que hacemos, es disminuirlo, y achicarlo, hacerlo semejante a nosotros; y aquí Maimónides dice: no siempre adjetivar positivamente algo, significa enriquecer este objeto; a veces queriendo adjetivar, lo que hacemos es empobrecer. Esto Maimónides lo ve bien claro. Y cuando se trata del problema de Dios, si nos empeñamos en conocer a Dios y acumulamos conceptos "Dios es sabio, Dios es amor", "Dios es sabiduría", etc., estamos repitiendo conceptos de nuestra experiencia, de nuestra cotidiana manera de pensar el sabio, de pensar el amor, en cierta manera lo estamos reduciendo a tal como somos nosotros. A Dios lo achicamos pretendiendo adjetivarlo. Dios está, por lo tanto, más allá de toda esta adjetivación. Al hablar de El, casi lo mejor que podemos hacer es decir Dios es Dios, y por cierto que, en particular, cuando trata este problema tiene una parte muy interesante referente a cierta manera como algunos teólogos y filósofos cristianos han hablado de la divinidad. A la divinidad, filósofos y teólogos cristianos, le han aplicado el concepto de persona y Maimónides cree que aplicar a la divinidad el concepto de persona es hacer a Dios casi física, moral y espiritualmente similar a nosotros. Es una idolatría, aquello tan profundamente condenado por la Biblia; porque al adorar a un Dios persona, estamos hablando de una transcripción de nosotros mismos, estamos adorando a un hombre proyectado hacia la divinidad. Al personalizar a Dios, estamos en realidad, haciendo lo que vemos en la persona humana, lo estamos reduciendo o elevando a lo divino. Dios está más allá de la reducción personal, es siempre el fundamento, es aquel Tú -como diría siglos más adelante Martín Buber-, que sentimos pero que jamás podemos totalmente reducir a nuestra manera de ser.

Cuando tratamos de la relación de Dios con el mundo, Maimónides plantea este problema: ¿qué relación mantiene Dios con el mundo? ¿Es el creador del mundo? ¿El mundo es eterno o el universo es eterno como la divinidad? Este es un problema que hizo pensar mucho a los escolásticos. Generalmente se cita a Tomás de Aquino como el primero que enseñó que, desde el punto de vista de la filosofía, no se puede demostrar racionalmente si el mundo ha sido creado en el tiempo o es eterno. Es éste un problema que escapa a la argumentación filosófica según Tomás de Aquino, aunque luego admite que por revelación, por fe, el mundo ha sido creado. Sin embargo, ya Maimónides en la *Guía de los indecisos* plantea el mismo problema y dice casi idénticas palabras; que desde el punto de vista racional no hay argumentación que demuestre si el mundo ha tenido principio o es eterno. Pero, a diferencia de Tomás de Aquino, Maimónides agrega: "Pero éste es un problema accidental. En primer lugar tenemos que analizar el concepto de creación: qué se entiende por creación. Si por creación entendemos una relación incesante, fundamental entre lo temporal y lo eterno -que lo temporal está siempre como brotando, como siendo de lo eterno-, podemos admitir el concepto de creación y podemos admitir que el mundo es eterno, que el mundo siempre ha sido". "Pero lo fundamental no es esto, lo fundamental es que desde nuestra temporalidad sintamos que la trascendencia divina es inmanencia en nosotros, sintamos inmanentemente la presencia de Aquel que es el fundamento de todo ser".

Al pensar en la relación entre lo humano y lo divino, dice Maimónides: "Guardémonos mucho de imaginar una trascendencia divina que anule nuestra condición humana". A veces -y esto va para muchos creacionistas- se enseña un concepto de creación en el que el hombre no es sino un muñeco manejado desde lo eterno. Todo lo que el hombre es, hace, piensa, todo aquello que llamamos libertad, no sería sino arbitrario, acciones, que desde la divinidad se realizan en el hombre. Dice: "Guardémonos de todo esto". La trascendencia existe, el hombre existe, pero el hombre existe con su espontaneidad, con su libertad; lo explica todavía con mayor claridad cuando habla del concepto de providencia. Hay -dice- dos tipos de providencia que significan: una la regulación de la norma, de la ley física. El tipo de providencia aplicable a lo físico es la regularidad del mundo en que vivimos, las leyes que gobiernan la materia, los elementos físicos. Pero hay otro tipo de providencia: el que se refiere al individuo humano. El individuo humano no obedece a una norma que lo condicione de una manera fija en su manera de ser; el individuo humano tiene un desarrollo libre, espontáneo y responsable. Es responsable, tiene su relación con la trascendencia; es una relación, si se quiere, de amor, de intuición, pero no es la relación del efecto hacia una causa. No es un efecto necesario de la trascendencia sino en cuanto existe, pero en su manera de existir el hombre se desarrolla por su espontaneidad. Agrega también, en esta misma parte; encuentro una profunda conexión entre el filósofo y el profeta. El filósofo es aquel que, cuando llega a las cumbres de la metafísica, superando en cierta manera la razón, se ve sumergido en lo divino, siente la presencia de lo divino. El profeta, tal vez, no procede de una manera tan racional, es más directamente influido por lo divino; es un predicador, directo de la divinidad. Entre el profeta y el filósofo hay solamente la diferencia de que uno, el filósofo, llega al estado de misticismo profético desde lo físico; el profeta llega, más bien, por ciertos ejercicios religiosos.

Esto nos lleva a otro aspecto de la filosofía de Maimónides; ¿cuál sería la finalidad del universo y la finalidad del hombre dentro del universo? Maimónides enseña -yo no sé si llamarlo optimista o, más bien, espiritualista- que el universo, no tiene otra finalidad, sino cumplir la voluntad divina. Con esto quiere significar que el mundo tiene la finalidad de realizarse en progreso y en perfección. El universo es para el hombre y el hombre debe cumplir su destino en el universo y darle su propio destino. ¿Cómo se realiza esto? El hombre -en cierta manera- es el ápice, la cumbre de todo el universo; como dicen algunos modernos, el hombre está en el extremo de una especie de pirámide; desde ella contempla y conoce, o aspira a conocer, lo que ha existido y existe; se apropia mediante el conocimiento de lo que está fuera de él. Este concepto también está en Maimónides. Al progresar el hombre en conocimiento, en cierta manera, está haciendo progresar al universo; el universo ha sido entregado al hombre para que lo trabaje y perfeccione. Creo que Maimónides se sentiría muy cómodo en nuestra tecnología, al ver los esfuerzos del hombre para arrancar al mundo su secreto y cada vez conocer más qué es la materia, qué es el átomo. Para él todo esto tendría un cierto saber teológico, sería una de las maneras de ir penetrando no solamente el sentido de nuestro mundo, sino, en cierta manera, su trasfondo. El fin del universo y del hombre es, pues, la perfección corpórea, ética y espiritual, El hombre se hace, se responsabiliza, y cuando más se perfecciona tanto más cumple con su destino y cumple, también, o hace cumplir al universo su destino. El mundo -dice un pasaje de la Biblia- ha sido entregado al hombre para que lo utilice y lo estudie y esto es lo que Maimónides también exige del hombre.

Esto nos lleva a relacionarlo con el ser humano. ¿En qué consiste propiamente la perfección humana? ¿Dónde o en qué acto o manera de ser el ser humano se realiza con más propiedad como hombre? Esta es una idea que encontramos en muchos pensadores antiguos; para Aristóteles el hombre se realiza en la contemplación. Pero la contemplación aristotélica es una especie de ensimismamiento en lo divino en el que, a la postre, parece que la condición humana casi se extravía. Para Maimónides, también, la perfección del hombre consiste en la contemplación, pero con esta advertencia: "La contemplación que yo enseñé no es una unión mística en que el ser

humano como yo, inteligente y responsable, desaparece"; es decir aquello que enseña la filosofía hindú y algunos místicos cristianos y no cristianos de que la mayor perfección del hombre es anularse en la divinidad. Nunca he comprendido cómo la perfección humana puede consistir en anularse; si yo no soy, no sé si soy perfecto, no soy nada; simplemente anularse en la divinidad es la desaparición del hombre". Expresamente Maimónides rechaza este concepto; el ser humano siempre es humano. En ningún momento -vuelvo a repetir- el ser humano puede renunciar a su razón; pues renunciar a la razón es renunciar a la condición humana. Sí, dice él, la perfección del hombre está en la contemplación, pero la contemplación es aquel estado en que yo, purificado, elevado, dejando de lado muchas circunstancias, me veo limpiamente frente al fundamento del universo: hay un diálogo. Podemos ir insinuando lo que más tarde, de una manera maravillosa, desarrolló Martín Buber: es un Yo frente a un Tú. Maimónides, naturalmente, no usa estos términos, pero utiliza conceptos que llevan a la misma concepción. Ahí está la verdadera perfección humana: el hombre en su pureza frente a la pureza de la trascendencia divina. Ahí está también -dice él- la verdadera inmortalidad: el hombre se inmortaliza por el conocimiento, el hombre se inmortaliza cuando llega a esta situación, adquiere algo que, en cierta manera, lo lleva más allá del pasado y del futuro; es en el tiempo, pero vive la eternidad. Al tratar de este asunto nos dice Maimónides que la religión para el pueblo común es moralidad, para los intelectuales -especialmente para el filósofo- la religión es, principalmente sabiduría, la sabiduría tal como la he definido: es el compromiso total del hombre frente a lo divino.

Esta es la filosofía o teología de Maimónides. ¿Qué significa para nuestra actualidad? Ustedes habrán visto por la exposición que les acabo de hacer que Maimónides utiliza muchos conceptos que, actualmente, están siendo desarrollados. La Edad Media no siempre lo comprendió. Tomás de Aquino y otros escolásticos conocían sus escritos, pero no supieron aprovecharlos debidamente; desconocieron los escolásticos una de las bases de su filosofía. Maimónides -como les decía- nunca olvida su condición de ser humano que vive en una época histórica. Es un pensador, pero un pensador que tiene conciencia de sus obligaciones como pensador, vive en su tiempo y en relación con lo social. El escolástico, generalmente encerrado en un convento, hacía su filosofía desconectado del mundo físico, de las ciencias físicas y del mundo social.

No les voy a referir la vida de Maimónides porque supongo que muchos de ustedes la conocen. Fue una vida de servicio a la humanidad. No era un enclaustrado, un hombre que se regodeaba en el pensamiento, aunque encontraba su satisfacción en el pensar; su pensar se alimentaba de la acción cotidiana, del servicio y sacrificio por el prójimo, y por eso su pensamiento, sin dejar de ser profundamente espiritual, está arraigado en el hombre en cuanto vive en el tiempo y en la circunstancia. De ahí, Maimónides es una gran lección para todas las épocas en filosofía: el filósofo no puede vivir desarraigado, es hombre de su tiempo pero viviendo su tiempo bajo el rayo de la eternidad. Un comentarista de Maimónides, Bery Cohen, dice que hay tres aspectos fundamentales en su filosofía, el primero es éste: enseña que nuestro mayor bien, nuestra mayor verdad está en buscar el fundamento del universo, nuestra relación con Dios; pero al enseñarnos esto, nos está enseñando que sólo lo lograremos mediante una integridad ética y usa una frase inglesa, que podríamos traducir "integridad ética y habilidad intelectual" porque el intelectual debe tener cierta habilidad. Esta relación debe ser una realidad que impregne la vida del hombre, bajo todos sus aspectos, incluso en el tecnológico y en la vida cotidiana; sentimos en el tiempo pero como viviendo en lo eterno. El segundo aspecto de la filosofía de Maimónides es que la religión puede ser culto también; el culto puede ser un aspecto de la religión; pero no es principalmente culto. No es tampoco cierta moral, y menos todavía, ciertos dogmas. La religión es la vida en su plenitud, es el desarrollo intelectual, moral, individual y social. No es por lo tanto algo periférico y externo, es aquello que nos agarra, que nos transforma más íntimamente. Hay una sentencia de los moralistas católicos -yo creo que ningún judío, y Maimónides por de pronto, la admitiría- que dice: *De internis ecclesia non iudicat*, de las cosas internas, de lo interno, la iglesia no juzga. Maimónides

rechazaría esto, porque diría *de internis*, de lo interno, sí que hay que juzgar, porque periféricamente, externamente, revelamos lo que somos internamente. La purificación del hombre, la realidad humana no dependen de mi acto externo acertado o no; está la intención que yo he tenido, la pureza de mi actitud, la limpieza de mi alma; por eso este principio es totalmente contrario a la manera de ser de Maimónides. En tercer lugar, advertimos en Maimónides la búsqueda de la unidad, de la consistencia y de la integridad. A él no le resultaba extraño ningún campo del conocimiento; le interesaban las ciencias físicas, la medicina, la astronomía y la teología, pero toda esa diversidad de conocimientos, no eran conocimientos dispersos. Sabía encontrar la conexión y sabía que todo ello contribuía a formar al ser humano. Creo que recordaría una sentencia del Talmud que dice: "Un hombre ignorante no puede ser un hombre piadoso", porque la sabiduría de Maimónides era sabiduría integral.

Finalmente, para terminar esta conferencia, que no quiero sea cansadora, si yo tuviera que adjetivar el pensamiento de Maimónides diría que es soberanamente armonía. Buscaba un hombre que pudiera encontrar en sí mismo y en su relación con los demás seres humanos una verdadera paz. Por desgracia, en su época no se lo comprendió; los almorávides lo obligaron a salir de su propia patria. No pudo cumplir allá estos propósitos; tuvo que elaborar en países ajenos la idea que había esbozado en España. Pudo escribir esta frase: "religión sin razón es superstición". Desgraciadamente cuando él salió de España hubo una caricatura de religión sin razón y por eso fue superstición; y como que fue superstición muy pronto se convirtió en persecución y al convertirse en persecución se rompió todo lazo de conexión con otros credos, con otra manera de pensar. Pero también Maimónides podría agregar: "Razón sin religión es paganismo satisfecho". Razón sin religión es propio de aquel que se limita a su circunstancia, aquel para el cual la vida, solamente tiene el sentido del momento, de la actualidad. Vive el momento y no le preocupan ni el pasado ni el futuro; adora su egoísmo, su instinto. Esta sería una razón sin religión. La religión es apertura hacia el fundamento del universo y hacia los demás. Por eso repito que si tuviera que buscar una palabra apropiada para Maimónides diría: expresa la perfecta armonía, es el pensador que, filosófica y teológicamente, nos enseña la paz y la fraternidad.